

Una heterología por plenitud. Acerca de *El entenado* de Juan José Saer y *1492 Vida y tiempos de Juan Cabezón de Castilla* de Homero Aridjis.

SUSANA BEATRIZ CELLA

Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires

Dos novelas latinoamericanas de reciente publicación, *El entenado* de Juan José Saer (1983) y *1492 Vida y tiempos de Juan Cabezón de Castilla* de Homero Aridjis (1985) comparten, además de ciertas estrategias discursivas como el relato en primera persona, la pertenencia a ese conjunto de textos que denominamos novela histórica. Más que consideraciones de orden genérico, interesa aquí ver cómo este tipo de textos, que relevan a la historia, que entrañan una concepción de la historia y que presuponen una investigación historiográfica, emergen en un tiempo y espacio específicos y con características diferenciales respecto de la novela histórica tradicional y de qué modo traban relación con el género autobiográfico. Simulacro de la autobiografía, la ficción autobiográfica aparece como la resolución posible para una manera de contar la historia, la Historia.

El periodo histórico elegido en ambos textos se sitúa a fines del siglo XV y comienzos del XVI. *El entenado* hace coincidir su episodio central con la llegada de la expedición de Solís al Río de la Plata en 1515, y *1492* hace culminar el relato en ese año. Se podría pensar en el sentido fundacional que ambos textos proponen: la fundación de América a partir de la consideración de un encuentro con un otro diferente. Y con éste, la heterofobia: "Para

el oficial, la idea de que los indios pudiesen tener un punto de vista propio sobre esos planes parecía inconcebible" (*Entenado* 94); "La condición misma de los indios era objeto de discusión. Para algunos no eran hombres, para otros, eran hombres, pero no cristianos, y para muchos no eran hombres porque no eran cristianos" (*Entenado* 102). El cristianismo como línea demarcatoria de la diferencia se magnifica y complica en Aridjis, donde el otro diferente no es (todavía) el indio, sino el judío o el árabe.

América aparece como la tierra donde va a residir (Aridjis) o reside (Saer) lo diferente y lo perseguido, lo signado por la pérdida, el desarraigo, la muerte. En ambos textos los cruces entre los dos mundos están básicamente presentes; de modo manifiesto lo están en Saer, donde el desplazamiento del personaje central permite la inserción de ambos espacios en la fábula. En 1492 el espacio americano aparece en negativo, a partir de esa fecha, como punto de finalización del relato. Pero la fecha no sólo señala la llegada de los europeos a América, sino también la toma de Granada por los Reyes Católicos y el decreto de expulsión de los judíos de España; resume así el mundo diverso que la novela presenta, tiene carácter indicial y apela a la competencia histórico-cultural del lector, ofreciéndole muy suscitadamente un sintagma significativo: "Yo me fui a Palos, en busca de fortuna. Me hice a la mar con don Cristóbal Colón" (1492 385).

El texto de Aridjis ubica el desplazamiento en España, a través de las distintas ciudades que Juan Cabezón recorre en busca de su amada Isabel de la Vega, que ha huido de la Inquisición. En lugar de mostrar a América, trata de dar cuenta del mundo que en 1492 va a encontrarla. El carácter heterofóbico se concentra en la Inquisición, cuya figura paradigmática es el Gran Inquisidor General Torquemada, el cual,

en un intento soberbio de perseguir a los muertos más allá de la tumba, escandalizando a la justicia de Dios con la suya propia, al competir con ella en la tentación diabólica de juzgar a las criaturas que se hallaban ya en las cortes celestiales, condenando su

fama y memoria no sólo en la tierra sino sentenciándola en el otro mundo (1492 281).

La resolución autobiográfica

¿Por qué estos textos aparecen organizados a partir de un narrador en primera persona que cuenta gran parte de su vida? Esto implica preguntarse por el tipo de trabazón que establece el relato, que remite por una parte a textos como las autobiografías, las memorias y los diarios, donde lo central es la historia personal de un individuo, y por otra a los textos llamados novelas históricas, donde la historia (pero esta vez la historia general, la historiografía) se trama con los destinos individuales.

Este modo de constituir la novela histórica desde un yo —que es a su vez constituido por el mismo texto, cuyo ser y razón de ser nace del tejido de los discursos sociales que lo incluyen y le dan existencia y presencia— permite que la novela histórica de forma autobiográfica sea el modo de resolución en que la narrativa actual puede indagar en la historia acerca del presente, el presente como historia, según la conocida idea, dotando a las nuevas novelas históricas, más que de una representación relacionada con una poética realista, de una sensibilidad histórica que trasciende ciertos esquemas cognoscitivos, incluyendo o privilegiando otros, y que se proclama además como acto autorreivindicatorio, otorgando al narrador su sentido primordial, enfatizándolo: “querían que de su pasaje por ese espejismo material quedase un testigo y un sobreviviente que fuese, ante el mundo, su narrador” (*Entenado* 134); “los gritos de los conversos; gritos que al paso de los días se volverían mudos, pero acusadores, atravesarían los años y los siglos, sin que hubiese lluvia, viento, silencio ni noche que pudiese apagarlos” (1492 228).

Pero más, en esta presencia de un yo que se cuenta, es posible la indagación introspectiva y la aparición de los conflictos más profundos e íntimos del hombre, la reflexión sobre la existencia, la apariencia, etc., que a veces en la novela histórica son relegados

en favor de la primacía de la narración. La búsqueda tiene su correlato, dentro de la anécdota, en el desplazamiento espacial de los personajes.

El narrador en primera persona resuelve la tensión entre lo externo y lo interno, mostrándose como producto y productor del discurso.

Estos narradores presentan cierto carácter de tipicidad, en la medida en que sus vidas aparecen atravesadas por la historia. El abuelo de Juan Cabezón nace en 1391 en Sevilla, el mismo día en que se quema la aljama judía, forma premonitória de su destino. El mundo del entenado también se signa por una situación histórica particular: los viajes al nuevo mundo: "un nuevo mundo, las piedras preciosas, las especias, el oro, *la fabula*"; "mis ganas de embarcarme se hacían cada vez más grandes" (*Entenado* 13).

Se trata aquí de leer, desde la marca negativa, el nombre propio y los índices espacio temporales que están borrados, al tiempo que proliferan los deícticos: aquí, allá, ahora, entonces, en este ahora, etc.

La dimensión subjetiva se ahonda en ambas historias en relación con la orfandad. Su impronta confiere al entenado su marca distintiva, pero también se halla en Juan Cabezón. En los dos se puede marcar la importancia de la transitoriedad o ausencia del padre en relación con el aprendizaje de la letra, la cual en Saer está personificada en el Padre Quesada.

Estos elementos que aparecen en la anécdota también tienen relación con la construcción del texto en la medida en que se vinculan con otros que constituirían su linaje. La referencialidad textual se enfatiza en ambos textos: Saer procede por la supresión de índices espacio-temporales y nombres propios; Aridjis efectúa transcripciones de documentos y hace un uso particular del arcaísmo.

Ambas novelas tratan de establecer vinculaciones con textos de la época, no sólo por el interés referencial que éstos pudieran tener o para dar cuenta de un imaginario específico, sino también porque de este modo se establece una red en la cual es posible pensar ciertas formas narrativas en un plano más abstracto, inclu-

yendo reflexiones teóricas. Así, Aridjis incorpora al final de su novela, como término de comparación con el texto novelístico, el texto de la Santa Inquisición donde se detalla la persecución y condena de Isabel y Gonzalo de la Vega, destacando entonces su importancia, no sólo en cuanto al tema, sino también respecto de la estructuración de la novela.

La dimensión lírica

El lirismo es otra vertiente posible para las novelas que revelan esta preocupación y esta sensibilidad por lo histórico, íntimamente asociado a las vidas individuales y al destino de los hombres. Este rasgo se manifiesta en diferentes procedimientos. Hay en Saer un ritmo especial de la prosa que se acerca al ritmo poético; hay pausas marcadas, hipérbaton, presencia de imágenes que trabajan efectos de luz y oscuridad, condensaciones fuertemente simbólicas, como el episodio del eclipse. El lirismo de Aridjis se trabaja desde la utilización especial que hace de los materiales extraliterarios mencionados: los documentos de la Inquisición. Hay como un efecto de coros en esas repeticiones de nombres y de acciones, de genealogías y martirologios, un ritmo de letanía y una suerte de canto fúnebre. El arcaísmo sirve también a los fines poéticos. Se pone en juego en este conjunto de repeticiones el valor fónico de la palabra y se lo incorpora también en los diálogos o en la narración, donde esa extrañeza léxica contribuye a forjar la atmósfera desolada en que los personajes deambulan. Los diálogos de Juan Cabezón e Isabel o de Pero Meñique y Orocté evocan cierta poesía amorosa.

Estos rasgos —lirismo, uso del arcaísmo, discursivización—, en contraposición con los de la novela histórica tradicional (Lukács), lejos de ir en detrimento de ésta, se presentan como una nueva posibilidad de continuidad del género.

Los oleajes de la historia

La dimensión histórica de estas novelas remite, decíamos, a una propuesta fundacional: ¿de qué? Quizá de una historiografía novelada, de una ficción de la historia como "historia verdadera", de una historia de la novela y de una reflexión particular sobre la historia americana.

La reflexión sobre la constitución de América a partir de lo heterogéneo y lo otro se presenta en Saer desde la carencia constitutiva, que tiene su correlato histórico en los vencidos, en los sin voz. Los vencidos de Aridjis pasarían al Nuevo Mundo como vencedores que, sin embargo, no pierden su marca anterior y refuerzan la heterogeneidad.

Pero sobre todo, en ambos textos, lo que importa es poder contar la historia. La incorporación de la dimensión subjetiva se da a través de estos "yo" que sobreviven como testigos, o mejor dicho, que viven por y para narrar, encontrando su existencia y supervivencia en el relato:

Parado inmóvil entre los indios inmóviles, mirando fijo, como ellos, la carne que se asaba, demoré unos minutos en darme cuenta de que por más que me empecinaba en tragar saliva, algo más fuerte que la repugnancia y el miedo se obstinaba, casi contra mi voluntad, a que ante el espectáculo que estaba contemplando en la luz cenital, se me hiciera agua a la boca (*Entenado* 454-456).

Tan grande era la inmovilidad de esa gente, tan absortos estaban en su contemplación amorosa, que empecé a pasearme entre ellos y a observarlos como si fueran estatuas (*Entenado* 46).

Muertos los dos, consideré toda asistencia y resistencia inútiles. [...] Además, para mi propia vergüenza y a mi pesar, al verlos exánimes en el polvo sentí la alegría inmensa de encontrarme vivo bajo la luz del sol. En torno mío, por unos momentos decisivos, los familiares y el pueblo armado parecieron quedarse rígidos como estatuas en la contemplación de esos hombres extraños (*1492* 323).

Juan Cabezón y el entenado sobreviven a los quemados y superan la inmovilidad de las estatuas que los rodean en un mo-

vimiento que es tanto su felicidad como su drama: estar vivos es escribir.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- ARIDJIS, HOMERO. 1492. *Vida y tiempos de Juan Cabezón de Castilla*. México: Siglo XXI, 1985.
- SAER, JUAN JOSÉ. *El entenado*. Buenos Aires: Folios, 1983.

